

EL RINCON DE LA HISTORIA

La llegada de los «Negro Spirituals» a Chile

En el repertorio actual de los conciertos de música vocal nunca falta la sentida expresión de una melodía negra, rítmica y lastimera, llena de la hondura de sentimiento de una raza que ha confiado a la música, más que a cualquier otro arte, sus profundas emociones.

Los negro spirituals se conocieron entre nosotros hace muchos años; tal vez sea necesario estampar la fecha exacta para una cronología histórica de los géneros líricos: fué para Valparaíso el año de 1859, y para Santiago el mes de Octubre de 1860. Había terminado ya en la capital la clásica temporada de ópera y en el viejo Teatro Municipal, aquel que se incendiara en 1870 a los trinos de la Carlota Patti y dejara grabado como único recuerdo, en una calle, el nombre del héroe que pereció entre sus llamas: el bombero Tenderini.

Trajo estas melodías negras un conjunto precedido de cierta fama. «Seis años en New York y en California», eran frases que impresionaban a nuestro público que se había entusiasmado con Elisa Bisciaccanti, la prima donna norteamericana.

El conjunto de estos *Ethiopian Minstrels*, los Cantores Africanos como se leía en los programas, era numeroso, una verdadera y pequeña orquesta folklórica, compuesto por Joe Murphy, cómico y falsete; C. Henry, primer tenor; William Smith, segundo tenor; W. D. Coester, bajo; E. G. Edwards, violinista; P. Sterling, flautista; J. Wallace, tambor. El conjunto estaba animado principalmente por C. Henry que hacía las veces de director e intérprete ante el público.

El espectáculo estaba artísticamente distribuído. En la primera parte cantaban algunos spirituals, tales como *Mother dear, I am thinking on; Black smocke; Wasnt' that a pull back*. En la segunda, representaban escenas de los plantíos algodóneros en los días de fiesta, intercalando baladas al son del banjo. Se daba remate al regocijado espectáculo con alegres bailes, que no hemos podido individualizar.

El buen éxito de los *Ethiopian Minstrels* fué curioso en esta época que vivía musicalmente bajo la grave y férrea dependencia de la ópera italiana y que sólo comenzó a sonreírse con las primeras zarzuelas españolas, que por estos años comenzaron a gozar del beneplácito de los santiaguinos.

Las melodías negras quedaron vibrando, y más de algún poeta de esos años ensayó en sus estrofas los ritmos de esas baladas que oyera, como una primicia, una noche de Octubre en el viejo Municipal.

E. P. S.